

SUMARIO

La instrucción de tiro y la superioridad de fuego en la infantería, por M. Vicente Arcones, capitán de infantería.—El pelotón gris.—Laboremos, por Eugenio Pastor, primer teniente de infantería.—Las posiciones para artillería.—Prácticas de los reservistas en el ejército alemán.

BIBLIOTECA

Pliego 19 de **El tiro colectivo**, por A. Collon, comandante de Artillería belga.

Pliego 28 de **Napoleón, jefe de ejército**, por el general alemán conde de York.

Pliego 4 de **Posesiones españolas en el África Occidental**, por D. Antonio García Pérez, capitán-profesor en la Academia de infantería.

Pliego 48 de **Geografía Universal**, por D. Luis Trucharte y Villanueva, comandante de Infantería.

LA INSTRUCCIÓN DE TIRO Y LA SUPERIORIDAD DE FUEGO EN LA INFANTERÍA

No se escribe ni se habla sobre los combates de la infantería sin sentar como condición indispensable para el buen éxito de aquéllos, que les preceda el logro de la *superioridad de fuego* sobre el contrario; pero ni los reglamentos de ningún país, ni los más eminentes escritores militares, dan reglas precisas para conseguirla, y sin embargo, ni unos ni otros creen posible el triunfo sin antes obtenerla.

¿En qué consiste la superioridad de fuego? No nos atrevemos á definirla, pero si se redujese á poner en la línea enemiga mayor número de balas que las que el enemigo envíe, entonces no sería difícil dar reglas para cada caso, si bien, como el resultado apetecido sería función del número de hombres, los medios de consecución y preparación se escaparían tal vez de los estrechos límites de la táctica para depender de la estrategia, y la sublime misión del alto mando tendría que distraerse en la ejecución de detalles correspondientes á esferas inferiores.

Sin negar que el número de hombres es uno de los factores más importantes para alcanzar la superioridad de fuego, no es el único, y así, los demás no pueden ni deben ser desatendidos.

La superioridad se consigue cuando en igualdad de tiempo *el enemigo sufre mayor número de bajas proporcionalmente á su fuerza, hasta que, roto el equilibrio que mantiene el fuego en ambos combatientes, pierde en eficacia el de uno de ellos en beneficio del otro, que obtiene LA SUPERIORIDAD DE FUEGO deseada.*

Analizando las causas que producen este efecto se observa,—y partamos del supuesto de dos enemigos con igual número de hombres, armamento y dotación de municiones y que se encuentran en posiciones idénticas de altura, frente, visualidad, etc.—que para producir mayor número de bajas, es necesario poner en la línea enemiga mayor número de proyectiles, pero como este mayor consumo de municiones perjudica á la dotación de ellas, puesto que se agotaría antes que la del contrario, precisa que sea sin perjudicar esta dotación, y entonces tiene que ser consecuencia de la mayor precisión de tiro, pues así, á igual consumo, pondrá en la línea enemiga más proyectiles el que mejor dirija su fuego, hará mayor número de bajas y obtendrá poco á poco *la superioridad de fuego* apetecida.

Admitiendo en el caso propuesto el equilibrio en hombres al iniciarse el fuego y que no podrá uno recibir mayores refuerzos que el otro, este equilibrio desaparece con el número de bajas, y la ventaja se manifiesta de parte del que mejor dirige su fuego, ventaja que se acentúa en progresión creciente, pues es función de dos factores: *el mayor número de tiradores* en la línea propia y *su mayor precisión de tiro*, mientras que al iniciarse el fuego lo era sólo de la última.

Aquí hemos considerado la cuestión solamente bajo el aspecto material de la eficacia del tiro como consecuencia de factores reglables: el número de hombres y la acertada dirección del fuego ó su eficacia material, olvidándonos de otro factor en equilibrio también al iniciarse el fuego, factor inmaterial, no reglable, el más importante sin duda y que aumenta ó disminuye extraordinariamente con el resultado del fuego, y este factor psicológico es el estado de ánimo del tirador, que pierde el dominio sobre sus nervios espantado del peligro, haciendo más y más incierto su tiro cuanto más certero es el del enemigo y más bajas produce dando con ello superioridad al contrario, que al ver disminuir sus bajas, se crece, se domina, adquiere cada vez mayor seguridad en su pulso y gana en eficacia su fuego tanto como la pierde el contrario. Son ya tres factores en lugar de dos los que entran en el resultado del fuego: *el número de tiradores*, *la precisión del tiro* y *el estado moral de la tropa*, consecuencia fatal este último de los otros dos, aunque haya—si bien de orden moral—otras razones para acrecentarlo y sostenerlo antes, en y después del combate, pero que no pueden ser objeto de estudio en este artículo.

El número de tiradores hemos dicho que es uno de los factores que dan la superioridad de fuego; es necesario oponer al enemigo mayor número de fusiles que los que él presente, y precisa estudiar la formación que se adopte para ofrecer menor vulnerabilidad y más densa línea de fuego.

El moderno armamento de gran precisión y mucho alcance hace pe-

ligrosas las formaciones compactas aún á grandes distancias; de ahí sin duda que los nuevos reglamentos tácticos las proscriben y toman sólo las columnas de frentes reducidos y la marcha, hasta para pequeñas unidades, en columnas distintas, paralelamente y separadas entre sí por intervalos tales, que el fuego dirigido contra una de esas pequeñas fracciones no alcance en sus desvíos probables á las inmediatas, y si esta división de las unidades alcanza hasta la compañía y la sección, claro es que la formación adoptada para el avance hacia el enemigo es ya un despliegue que sin ser precisamente en guerrilla de tiradores lo es en fracciones tan pequeñas que fácilmente se ocultan; se comprende pues la necesidad del avance de las unidades completas, constituyendo las reservas unidades completas también en formación análoga, porque la reserva de compañía, por ejemplo, ó se colocaba á distancia muy grande de su guerrilla ó sufriría con el fuego dirigido contra aquélla y, al querer en el primer caso incorporarse, en su largo recorrido se expondría inútilmente mucho tiempo al fuego contrario sin poder usar del propio.

Se mantiene, según lo expuesto, y se aumenta la densidad de la línea de fuego incorporando á élla sucesivamente otras guerrillas que constituyen distintos escalones, hasta que lograda la superioridad de fuego y próximos ya al enemigo, se emprende el asalto á la posición con una línea compacta de hombres apoyada de cerca por la parte de reserva no embebida en la guerrilla y que ya puede adoptar menos peligrosamente formación más concentrada que el despliegue, por haber perdido eficacia el fuego contrario, el cual estará atento solamente á la línea de tiradores que ataca y que dirige sus esfuerzos á la parte más débil del defensor.

La precisión del tiro es sin duda alguna el factor más importante, pues de élla dependen la mayor ó menor pérdida de hombres y consecuentemente el estado moral de la tropa que combate; á conseguir la mayor precisión del tiro deben tender los esfuerzos de la instrucción del infante en tiempo de paz.

Para lograrla, es indispensable dedicar preferente atención al estudio del *tiro de guerra*, en terreno variado, sobre blancos giratorios, de eclipse ó abatibles, huir de que al licenciarse el soldado no haya conocido otro tiro que el individual, á cortas distancias y los blancos de zonas ó de siluetas fijas, y sin que las clases hayan podido darse cuenta de su misión en el combate.

Hay quien pugna contra la concesión de iniciativa tan manifiesta en todos los modernos reglamentos extranjeros y quien, por el contrario, no cree racional el mando y la obediencia sino bajo el espíritu abstracto de la unidad de aquél y el automatismo de ésta ejecutada ciegamente.

Toda iniciativa debe ir acompañada de una responsabilidad proporcional, pero ambas son imposibles si el que ha de tener aquellas facultades no tiene á su vez los necesarios conocimientos para usar bien de la

primera sin incurrir en la segunda y ¿cómo ha de tenerlos para la dirección del fuego en el combate el que nunca aprendió á dirigir tal fuego ni lo vió practicar nunca?

Escribense los reglamentos y luego ¿quién los practica? faltan elementos, faltan campos de tiro é instrucción, falta material de tiro, falta... dinero, pues éste es el principal elemento y sin éste no puede haber ni tiradores buenos, ni oficiales aptos, ni ejército instruido.

Désele al soldado la instrucción individual necesaria para que tire bien á 400, 500 y 600 metros, subordinando si es preciso la estética del tirador á la libertad de movimientos que éste necesita para hacer buen uso de su arma, acostúmbresele á que sepa usar de élla en todas las posiciones y estímulse su aplicación con recompensas que le halaguen. Créense (y foméntese el desarrollo de las existentes) sociedades de tiro, procúrase por todos los medios fomentar la afición á este ejercicio y á todos los deportes físicos en la juventud, para que al venir á filas el recluta conozca el manejo de su fusil y sepa tirar con él, estando por virtud de los ejercicios físicos practicados en condiciones de robustez necesarias para resistir las fatigas, y en este estado el recluta podrá cuando haya terminado su elemental instrucción dedicarse á los ejercicios y tiros de combate.

La precisión de tiro en la guerra depende; de su *acertada dirección, prudente consumo de municiones y exacto conocimiento de las distancias.*

La primera condición se cumplirá con oficiales y clases prácticos en esta clase de fuegos por su costumbre de mandarlos; cuando esta competencia sea indiscutible en unos y en otros, ni será peligroso la concesión de iniciativas limitadas á su esfera de acción, ni sera tiránica la exigencia de responsabilidades.

La condición segunda, consecuencia será de ésta; el que dirija el fuego ordenará la clase de él que debe hacerse; en general por compañías, secciones, pelotones ó escuadras será á discreción, pero se precisa señalar su intensidad para no hacer un consumo inútil ó dejar de aumentarlo en momentos precisos; indicar las alzas; marcar el objetivo á cada fracción y aún el punto de mira en algunos excepcionales casos, y será conveniente lo mismo en el ataque que en la defensa hacer el fuego por *ráfales* cuando el enemigo se presente visible y suspenderlas cuando se oculte. Ya se ve si en este orden de ideas cabe ó no la concesión de iniciativas y el derecho á exigir responsabilidades y si bien esto, teóricamente, no hay oficial que lo ignore, son muy pocos los que prácticamente lo han ejecutado por falta de medios para ello.

La tercera condición es tanto más indispensable cuanto más perfecto es el armamento y la instrucción del tirador, pues la dispersión del tiro está en razón inversa de los citados elementos y un alza mal tomada

puede ser causa de un consumo inútil de municiones con grave perjuicio de la superioridad del fuego que se persigue.

Para indicar con precisión el alza es necesario conocer exactamente la distancia al enemigo, y esto digan lo que quieran los reglamentos no se calcula á ojo, y como generalmente no se podrán corregir las alzas por la apreciación del terreno batido, es indispensable valerse de telémetros lo más perfeccionados posible para que los errores sean despreciables, y estos telémetros repartidos con profusión entre la infantería que debe estar familiarizada con su uso.

No hay ejército regularmente organizado que no posea modelos reglamentarios de estos aparatos para la infantería, y si bien sus reglamentos exigen la apreciación de las distancias á simple vista, no confían á esta apreciación la dirección normal del fuego regular, sino para casos de pequeñas fracciones ó tiradores aislados, en el fuego individual, por fuerzas en servicios especiales separadas de la línea de fuego.

Cuando todas las enumeradas condiciones se llenen podrá aspirarse á tener una perfecta instrucción de tiro y entonces confiar en obtener *su precisión en el combate*; pero, no se debe olvidar la necesidad de consumir muchos cartuchos en la instrucción; practicar todos los ejercicios del reglamento; no consumir las municiones sin objeto; tener material de tiro adecuado y aún procurar perfeccionarlo para que ofrezcan los blancos la ilusión de verdaderos soldados que desaparecen al ser heridos; adquieráanse telémetros, lo más perfectos posible; dótese á la infantería de suficiente número de ametralladoras para robustecer su fuego allí donde sea preciso y falten hombres ó espacio para colocarlos; foméntese la afición al tiro en el elemento civil para que lo practique con gusto al llegar á filas; redúzcase extraordinariamente el peso del equipo del soldado; quítese de su uniforme todo cuanto ofrece visualidad, sustituyendo el actual, después de verdadero estudio, por algo análogo á lo hecho en Alemania, y con todo esto se obtendrá en caso de una guerra una considerable economía en hombres y en dinero, se reducirán considerablemente las bajas por enfermedades, y cada peseta gastada hoy á los fines indicados nadie puede calcular cuántos hombres y cuántos cientos ó miles de pesetas economizará á la Patria el día de la lucha, y cuánto, con todo esto, se elevaría el *estado maral de la tropa* al verse potente por sí, por sus medios de ataque y defensa, por su confianza en la dirección que sobre ella se ejerza y por el convencimiento en la victoria que acompaña siempre al que se cree más fuerte, y que tanto sirvió á los japoneses en su última guerra del Extremo Oriente.

No creemos decir nada nuevo; lo que deseamos es unir nuestra voz á la de los que piden que *nos pongamos al día*, con la seguridad de que entonces no resultará para la infantería tan problemática como lo es hoy la idea de alcanzar en combate con otra infantería regular de un ejército

bien organizado la tan decantada *superioridad de fuego*, y podríamos aspirar á que esta arma reverdezca sus laureles el día que por cualquier circunstancia nos veamos obligados á dar señales de existencia.

M. VICENTE ARCONES

Capitán de Infantería.

EL PELOTÓN GRIS

Tal es el título de un curiosísimo folleto, debido á la pluma del Signor Brentari, tan escaso en páginas como abundante en razones y argumentos. Se trata sencillamente de la adopción de uniformes grises, de colores neutros, para el ejército, adopción que los japoneses llevaron á cabo en parte antes de la guerra, y completamente durante ésta, y que otros ejércitos están estudiando con el firme propósito de no quedar rezagados en esta vía de tan beneficiosos resultados.

La novedad de la labor del Sr. Brentari no está en la idea, que es antigua, sino en los medios á que apeló para defenderla. La divulgación teórica de la misma no dió ningún resultado, pese al tesón y á la bondad de los razonamientos de que se valió para propagarla. Entonces acudió á un nuevo método: contando con la autorización superior, vistió y equipó á sus expensas un pelotón del 5.º batallón alpino, con el que se hicieron notables experiencias en la primavera del pasado año.

El pelotón *gris* se componía de 40 hombres mandados por el teniente Marchetti. El uniforme era el siguiente: sombrero blando de fieltro, blusa de cuello vuelto, pantalones cortos, vendas en las pantorrillas, borceguíes de suela en salida, morral de alpinista. Todas las prendas de un color gris, y sin galones, adornos ni botones brillantes. El abrigo era un poncho americano, ligero y cómodo.

En Abril de 1906 tuvieron lugar tres pruebas bajo la dirección del teniente coronel Etna y con el concurso, como auxiliares, de cuatro oficiales y ocho soldados escogidos entre los de mejor vista del batallón.

1.ª prueba: á 350 metros se colocaron dos siluetas, de tamaño natural, en la posición de tirador acostado; la silueta que vestía el uniforme ordinario fué descubierta enseguida, mientras que solamente un oficial consiguió distinguir la silueta gris después de una observación de 3 minutos 46 segundos;

2.ª prueba: á 450 metros se colocaron otras dos siluetas en la posición de tirador arrodillado. La silueta gris no fué descubierta, pero sí la otra.

3.ª prueba: á 600 metros se situaron dos siluetas de pie. La silueta gris quedó invisible, mientras que la otra fué distinguida á los pocos segundos.

En Agosto de 1906, un grupo de 10 hombres del pelotón gris fué es-

tablecido delante de un fondo de verdura, y otro igual delante de un fondo de roca. A 400 metros de distancia, los dos grupos resultaron invisibles.

En un ejercicio de fuego contra una silueta gris y otra de los colores ordinarios, á 600 metros, por cada impacto señalado en la primera se registraron 8 en la segunda.

En realidad, no eran menester tales pruebas para demostrar la superioridad del uniforme gris sobre el de colores vivos y chillones. No obstante, Brentari cita las opiniones de los agregados militares al ejército japonés, quienes están unánimes en reconocer que el color gris de los uniformes nippones ahorró al Japón mucha sangre. En la última parte de la guerra, los rusos prescindieron de sus antiguos uniformes y adoptaron el color *kaki*.

Lo mismo se ha observado en otras guerras. En Julio de 1866, en Condino, los garibaldinos, que vestían blusa roja, tuvieron 20 muertos y 141 heridos, y los austriacos, que llevaban uniforme gris, 1 muerto y 20 heridos; en Vezza la proporción fué de 80 contra 23; en Montesuello de 309 contra 63, y en Bezzacca de 572 contra 107.

Por lo demás, como hace notar Brentari, no se trata á la postre más que de seguir las lecciones de la Naturaleza: los animales tienen un plumaje ó un pelaje de un color igual al del medio en que viven, observándose que la invisibilidad de los mismos se acentúa más para las especies que tienen muchos enemigos.

¿Por qué no ha de hacer el hombre lo mismo? ¿Es prudente, ni siquiera cuerdo, exponerse sin objeto ni utilidad al fuego enemigo, y mucho menos si éste ha proscrito los colores vivos substituyéndolos por otros apagados y neutros?

Dos objeciones, poco sólidas en verdad, pueden oponerse á la adopción del uniforme gris: 1.^a que se confundirían las tropas adversarias con las amigas, dando esto lugar á deplorables errores; pero como el gris admite una infinidad de variedades, y en el corte y forma del vestido caben también muchas alteraciones, esos peligros son poco de temer; además, la seguridad propia no debe buscarse en el color del uniforme, sino en lo bien montado del servicio de aquel nombre; y, en último término, los dos beligerantes estarán en el mismo caso, de suerte que el inconveniente se anula en realidad; 2.^a que los uniformes grises y sencillos despojarían en parte al ejército de su vistosidad y marcialidad.

Aunque la misión del ejército es la de combatir y no la de vestir con elegancia, reconocemos de buen grado que esta segunda objeción tiene verdadera importancia, porque en una profesión donde abundan más los deberes que los derechos y en la que las ventajas de orden material ceden su lugar á satisfacciones de orden espiritual, no conviene en modo alguno que se vista con una sencillez rayana en la pobreza. No ya en el ejército, sino fuera de él, todas las naciones conservan para ciertos fur-

cionarios y personalidades, uniformes ricos y brillantes; es este un tributo pagado á la debilidad humana, que á menudo juzga de las cosas por las apariencias, y que suele poner su admiración y respeto más en los oropeles exteriores que en las cualidades de quienes los ostentan.

Pero una cosa es el uniforme de guarnición y otra el de campaña. El primero podría conservarse tal como ahora es, y, si fuera posible, convendría que fuera aún más vistoso, mientras que el de campaña, incluyendo en éste todas las prendas de abrigo, habría de obedecer únicamente á las necesidades militares. Por consiguiente, bastaría con declarar reglamentario un traje de faena de color, corte y forma adecuados, haciéndolo extensivo á los oficiales, y reduciendo al mínimo las divisas y emblemas, de suerte que esta mejora, de verdadera trascendencia, apenas supondría ningún gasto si la adopción del nuevo uniforme se hiciera gradualmente á medida que fuera necesario reponer los actuales trajes de faena.

LABOREMOS

I

Algunos meses han pasado desde que el ilustrado oficial del arma de infantería D. Federico Pita me retaba á desigual combate desde las páginas de esta REVISTA, en los números correspondientes al 25 de Septiembre y 25 de Octubre de 1905. Deber de cortesía hubiera sido en mí aceptar inmediatamente reto tan cortés, si circunstancias especiales independientes de mi voluntad no me lo hubieran impedido, obligándome á pasar plaza de desatento con harto dolor de mi corazón, aún cuando los habituales lectores de esta ilustrada REVISTA seguramente saldrían gananciosos con mi silencio; no se verían mortificados por los amargos conceptos, por la torpe expresión de un desconocido sin autoridad alguna, que con osadía sin igual, aun cuando con los mejores deseos, nada más que verdades, pero verdades dolorosas, ha de exponer.

Terminaba el Sr. Pita el segundo de sus escritos diciendo: «Culpas muy grandes tiene el ejército en que la malquistencia de muchos hace mayor. No hay que alarmarse, hablemos solo para los de la grey, y como la verdad es una y los tiempos no admiten engaños de torcido resultado, hemos de ser francos en lo que á nosotros atañe». Es verdad, culpas y muy grandes tenemos todos, grandes y pequeños, dentro de nuestra profesión, de esa malquistencia de los extraños. Nosotros, con esa franqueza de que tanto alardea—con razón—el Sr. Pita, nos proponemos señalar muchos defectos, muchas de esas culpas, nó por mero capricho de exponerlos á la luz del sol—que esto sería ruindad y mal-

querencia,—no; *no hay que alarmarse, hablamos solo para los de la grey* y á estos no les decimos: mirad nuestra obra, repudiadla; nó, la obra es buena, la obra es levantada, es noble, es grande, pero, ¿qué obra humana habrá que no adolezca de algunos defectos? Y ¿qué sería más noble, ocultar esos defectos y dejar transcurrir el tiempo sin hacer nada porque se corrigieran, ó señalarlos para su corrección? Mil veces cuando, hablando esto, me han interrumpido diciéndome que esto que voy á decir no puede decirse porque es muy amargo, me he acordado del baturro del cuento: porque no se incomodara al enterarse de que se le quemaba la capa, no avisaba un baturro á otro, con quien hablaba, de que tal cosa sucediera. ¿Vamos á ser nosotros iguales que el tal *matraco*? Por no decir unas cuantas verdades, amargas como lo son casi todas ellas, ¿dejaremos que nuestra capa se queme? Nó, señalemos esos defectos, digamos todas las verdades por muy amargas que sean, que de entre nosotros no han de salir, y acudamos todos con solícito cariño á corregirlas para conseguir mi eterna obsesión: que cuando se vea desfilan un regimiento, pronuncien todos los labios el *credo* de la victoria, la *fé* del triunfo...

*
* * *

«El espíritu que anima á la oficialidad, es el espíritu que anima al Ejército». Máxima es esta de Ruchel que no debiéramos olvidar nunca ninguno de los que al ejército pertenecemos, poniendo toda nuestra voluntad, nuestros entusiasmos todos al servicio de la grande obra de hacer ejército de que en absoluto carecemos, dejándonos de lamentaciones y marchando decididos por la senda del progreso, único medio de conseguirlo; y cuando hayamos hecho ejército, cuando el espíritu de nuestra oficialidad haya cambiado por completo, entonces, insensiblemente, se establecerá esa corriente simpática entre pueblo y ejército de que tan necesitados estamos.

Esta es una obra que tan solo de la oficialidad depende y que ella por sí sola puede llevar á feliz término. Pero ¿en qué condiciones nos encontramos para ello? En las peores posibles; apestando demasiado—como muy bien dice el comandante Burguete,—á *tisa y á betún*: y dominados por la más enervante *galvana* que vieran los siglos.

Yo por mí sé decir que cuando veo transcurrir un día tras otro, un mes tras otro mes y un año después de otro en esta quietud, me parece estar viendo al célebre personaje de la zarzuela de los hermanos Quintero, y aun á veces, cerrando los ojos, veo cómo los uniformes van tomando un tinte uniforme y oscuro al propio tiempo que se van amplificando; veo desaparecer barbas y bigotes y veo en vez de cuartel ó campamento, el coro de una catedral á la hora de prima ó nona.

Siempre la misma monotonía, de casa al cuartel y de éste á casa, ocupadas todas las horas del día en pasar revistas y más revistas, siempre apegados á lo rancio; siempre sin entrar por la senda del progreso. Y cuando esto último se intenta, nunca decididamente, sino temerosos, sorteando los obstáculos que en el camino se oponen, sin afrontarlos cual verdaderos militares ante el peligro, sino como elegante damisela que temiera estropear su calzado al pisar en algún charquito de agua del arroyo.

Poco á poco hemos fijado nuestra atención en lo que la infantería es y representa en los modernos ejércitos y, como consecuencia, aún sigue creyéndose que la infantería no debe saber otra cosa que andar, hacer fuego y atacar briosamente a la bayoneta. Aún no nos hemos enterado de que hay quien con verdadera autoridad para ello la llama *base y sostén de los ejércitos*; quien la reputa *agente principal* de los mismos..... ¿Llenamos cumplidamente nuestra misión de principal agente? En las actuales condiciones de vida en que estamos, ¿somos una firme base, un fuerte sostén de los ejércitos? Que contesta á estas preguntas el amigo Pita.

Algunos de los menos apegados á lo rancio, pero de los que antes hemos incluido en el número de los timoratos, dejan caer toda la culpa sobre la falta de soldados en filas, como si esto fuera lo más importante. ¿Para qué queremos las tropas durante todo el año? ¿Son éstas de imprescindible necesidad durante tan largo período de tiempo? En nuestro humilde concepto, no solamente no son necesarias, sino que hasta en muchos casos sería preferible que no hubiese en filas un solo hombre.

Expliquemos nuestro pensar que parece algo atrevido. Principio, base y sostén de la instrucción militar, es la instrucción de los cuadros de oficiales y clases, de los que han de salir y salen los instructores y los auxiliares para esta instrucción. Burguete, haciendo un simil, dice que «Nadie sería capaz de pintar ni esculpir sin útiles». Nosotros decimos que aun teniendo útiles en abundancia para tal menester de nada nos servirían sin conocer la pintura ó la escultura.

Las recientes guerras nos han enseñado que en oposición á las utópicas teorías que suponían que en los modernos combates no se llegaría al choque, al ataque al arma blanca; estos choques cuerpo á cuerpo, estos encontronazos brutales se han efectuado y seguirán efectuándose. Precisa, pues, como primera atención poner un grande esmero, una delicada atención en la formación del corazón del soldado, pues, como dice muy bien un brillante escritor militar, de nada serviría disminuir el calibre de los fusiles, si al mismo tiempo no se aumenta el del corazón del soldado. Y ¿es qué esto no exige preparación alguna? ¿No lleva esto consigo la necesidad de que el oficial, de que el mando todo, sepa conocer al soldado para poder formar su corazón? Ya aparecieron los

conocimientos de pintura que hacían falta para poder pintar. Esta es obra que el oficial ha de efectuar por sí, tratando de conocer la psicología de cada individuo de los puestos á sus órdenes y esto no se consigue sin una preparación especial para la que los soldados no hacen falta alguna. Una vez obtenido el grado de conocimientos necesarios para ello; una vez hecha esa preparación, los muchos ratos que en contacto con sus soldados ha de estar, le permitirán dedicarse al conocimiento perfecto de cada uno de ellos, empleando en esto el tiempo que inutilmente—y hasta con menoscabo de la autoridad—se pierde en menesteres poco propios de caballeros que ostentan las honradas insignias de oficial.

Las impresiones recogidas por cada oficial acerca de sus soldados, debiera éste llevarlas condensadas en un cuaderno que debiera ser de obligatorio uso.

Mucho más pudiera extenderme en este punto; pero no siendo por hoy ese mi propósito, déjolo para otra ocasión en que quizás con más extensión y mayor detenimiento dedique á él alguna atención.

¿A qué lamentarnos tanto de la falta de soldados? ¿Acaso no se puede emplear el tiempo en hacer ejercicios de apreciación de distancias con objeto de que la vista se acostumbre á medirlas, cosa que no se conseguirá sino á fuerza de repetir estos ejercicios una y otra vez; en todo momento y en toda clase de terreno? Puede aprovecharse con gran utilidad mucho tiempo del en que los cuerpos están en cuadro (el mejor para ello, por el mayor descanso que la oficialidad tiene), en efectuar reconocimientos, en llevar á cabo algunos levantamientos de planos, en tener conferencias bien dirigidas, en las que, ni se peque por carta de más, saliéndose de la esfera que corresponda á cada empleo, ni se descienda á dar una leccioncita del reglamento táctico al estilo de chicos de la escuela.

Estas escuelas prácticas que se han iniciado recientemente, nada de extraordinario debieran tener para nosotros; debieran ser un trabajo de todos los días, con el cual se estuviera familiarizado. Y... ¿para qué seguir? ¿No está en el ánimo de todos que no son los soldados tan necesarios como nosotros mismos nos empeñamos en hacernos creer? ¿A qué pues seguir apegados á las rancias y perniciosas costumbres?

Sacudamos de una vez esta enervante quietud que nos mata: pongamos todo nuestro esfuerzo en ser útiles á la patria, en no serle una pesada carga. Esforcémonos en hacer ejército, pero no lamentándonos; no limitándonos á deseárselo, á rogar porque así suceda; sino ejecutando, llevando á la práctica nuestras ideas con vitalidad, con energía y con fe.

A los jóvenes llenos de vida y repletos de entusiasmos, corresponde esto: vengan pues ideas prácticas. ¡Laboremos!

EUGENIO PASTOR,
Primer Teniente de Infantería

LAS POSICIONES PARA ARTILLERIA

En el nuevo Reglamento alemán sobre la artillería de campaña, se leen algunas observaciones muy interesantes sobre las posiciones cubiertas y descubiertas, según vemos en la *Revista di Artiglieria e Genio*.

«Las posiciones descubiertas y semicubiertas—dice el art. 367—permiten apuntar directamente, facilitan todo lo posible la pronta ruptura del fuego y el cambio de objetivo, y favorecen el tiro contra blancos en movimiento. Las posiciones cubiertas, en compensación, hacen difícil al enemigo la investigación del blanco, y son un medio para inducirle á error acerca del efectivo de las tropas y de las intenciones del comandante; en éstas es más fácil el abastecimiento de municiones y el cambio de posición, y la artillería puede conservar toda su potencia para intervenir en la fase decisiva del combate. En algunas circunstancias favorecen además la entrada en acción por sorpresa. El tiro desde posiciones cubiertas reclama ciertos preparativos que solo pueden efectuarse cuando se dispone de tiempo; es menester, también, para el buen éxito, que se disponga de buenos puntos de observación que aseguren la conducción regular del tiro. Las cualidades de las posiciones cubiertas son comunes, aunque en menor grado, á las semicubiertas; éstas, si el terreno y las circunstancias del combate dejan libre la elección, deben ser preferidas, en general, á las descubiertas. La configuración del terreno y la estrechez del espacio disponible pueden influir de un modo decisivo sobre la elección de las posiciones de artillería, sea en su conjunto, sea sobre algunas de sus fracciones. En todos los casos, la posición ha de corresponder al objetivo del combate. Cuando se trata de decidir un combate de infantería, la artillería de campaña deberá, en general, renunciar á las ventajas de las posiciones cubiertas, y situarse en las descubiertas ó semicubiertas.»

Tratando de este mismo asunto el coronel ruso Novikoff, sostiene que la guerra ha demostrado que, frente á un adversario fuerte y que disponga de cañones de tipo perfeccionado, conviene abrigar la artillería de los efectos del fuego, ó por lo menos de las vistas. Únicamente se prescindirá de esta precaución cuando no se encuentren posiciones cubiertas ó si las existentes no satisfacen á las condiciones tácticas y técnicas requeridas; cuando el adversario carezca de artillería ó tenga tan poca que no pueda intervenir de un modo eficaz en el combate; cuando sea absolutamente necesario entrar inmediatamente en acción en apoyo de una tropa empeñada, y, finalmente, durante la persecución.

Las posiciones cubiertas—dice Novikoff—se pueden dividir en tres clases. A. Próximas á la cresta; B. A 400 ó más metros detrás de la cresta; C. Ocultas á las vistas por medio de obstáculos naturales ó artificiales.

Las posiciones A no protegen lo bastante, porque el adversario dirige su tiro contra la cresta detrás de la cual se observan las señales del fuego, y ejecuta un tiro progresivo con alzas escalonadas, en una profundidad de 300 á 400 metros. Por otra parte, las posiciones B dificultan mucho la organización y dirección del tiro, de modo que solo convienen cuando se dispone del teléfono y de un cuerpo de señaladores práctico é instruído; tales posiciones ofrecen además la ventaja de disminuir los ángulos muertos, combinando el fuego de artillería con el de infantería.

Según el general Jolodovskii, la relación entre la altura de la cresta cubridora y la distancia horizontal á que detrás de ella se sitúan las piezas debe ser: $\frac{1}{21}$ para la distancia de tiro de 2.100 metros; $\frac{1}{12}$ para 3.500 metros; $\frac{1}{7}$ para 4.200 metros; y $\frac{1}{5}$ para 5.200 metros.

A juicio de Novikoff, al ocupar una posición se ha de tener presente: 1.º La artillería no podrá situarse cerca de la cresta más que si la inclinación de la vertiente es inferior á 3º; para este ángulo, si la artillería se establece desfilada del fuego resulta una profundidad de zona no batida de 2.100 metros; 2.º En caso de necesidad se ocuparán posiciones cuya inclinación esté comprendida entre 3º y 5º, pero haciendo que la infantería se sitúe á vanguardia; 3.º Las posiciones próximas á la cresta son muy á propósito para establecer algunas secciones de artillería—con preferencia, de montaña—destinadas á provocar con su tiro el fuego de las baterías enemigas, descubriendo así la situación de éstas; 4.º A partir de la inclinación de 5º, la extensión de la zona en ángulo muerto crece considerablemente; esto requiere que, en el momento crítico del combate, se refuerze el tiro contra esta zona por medio de ametralladoras, artillería de montaña y, en último término, de campaña; á este efecto se dispondrá de trincheras para situar en ellas dichas secciones en el momento oportuno, de modo que batan el ángulo muerto.

Las posiciones próximas á la cresta quedan en una situación embarazosa cuando delante de ellas hay infantería; las alejadas de la cresta permiten el tiro por encima de la infantería propia, y se puede disminuir—sin más que alejarse de la cresta—el ángulo de elevación, ó sea, reducir la zona en ángulo muerto.

Las posiciones ocultas á las vistas, clase C, se presentan generalmente en las llanuras; si las piezas se sitúan 300 ó 400 metros detrás de las máscaras naturales, puede darse el caso de que sea imposible corregir exactamente el tiro en distancia y dirección. A falta de obstáculos naturales, se construyen otros artificiales con materiales de circunstancias.

Cuando la artillería se establece en uno de los extremos del frente, conviene disponerla en escalones, con el flanco exterior retrasado. La distancia y los intervalos entre las baterías han de ser iguales al doble de la longitud del frente de una batería, lo que permite cambiar este

frente en un ángulo de 120° sin necesidad de alterar el centro de cada batería.

Elegida la posición, debe fijarse el punto de observación avanzado, el puesto de observación del jefe de la unidad y establecer el enlace. El primero se situará á la altura de la cadena de tiradores, y dispondrá de una trinchera blindada, donde se situarán los telefonistas y los señaladores. Desde el puesto de observación del comandante, próximo á la batería, deben poderse observar el terreno del combate ó, cuando menos, las posiciones de la artillería enemiga; se enlazará telefónicamente ó por medio de señaladores, con los puestos del comandante del sector, comandante de la brigada de artillería y comandante de división.

Durante la guerra ruso-japonesa se emplearon observatorios artificiales; su altura debe ser muy poco superior á la de la masa cubridora, y se los situa siempre lateralmente á la batería.

Terminado el reconocimiento y determinada la posición de las baterías, el coronel Novikoff procuraba siempre escoger un puesto inmediato al del comandante del sector ó del destacamento al cual estaba afecta la artillería; esta proximidad le permitía el recibir sin retardos las noticias que se iban adquiriendo acerca del enemigo, y dirigir convenientemente el tiro según las circunstancias. Se ponía, además, de acuerdo con sus subordinados acerca de los puntos que cada uno ocuparía durante el combate y de las señales que emplearía, y destacaba los mejores señaladores al comandante de las tropas vecinas, comandante de la brigada de artillería y comandante de la división, para que supieran donde se encontraba y pudieran transmitirle sin pérdida de tiempo las noticias que fueran adquiriendo.

El coronel Novikoff hace notar que, á pesar de la aparente sencillez de todas estas precauciones, es absolutamente necesario haberlas practicado mucho en tiempo de paz, porque, de lo contrario, el enlace y la observación resultan ilusorios en muchos casos en la guerra. Los rusos no consiguieron la práctica necesaria hasta después de la batalla del Sha-ho; mientras que los japoneses, que habían estudiado perfectamente estas cuestiones, consiguieron desde el primer momento una observación y un enlace perfectos, sirviéndose del teléfono, de luces de bengala y de otras muchas señales.

La misión de la artillería, hoy más importante que nunca, se ha complicado pues extraordinariamente. El tirar bien y corregir pronto el tiro, requiere la resolución previa de una porción de pequeños problemas, que harán perder un tiempo precioso y expondrán á sufrir grandes pérdidas y aun á la total destrucción de la artillería, si no se los ha practicado de un modo continuo y en toda clase de terrenos en tiempo de paz.

PRÁCTICAS DE LOS RESERVISTAS EN EL EJÉRCITO ALEMÁN

Para que efectúen ejercicios en el presente año, han sido convocados 242,844 reservistas é individuos de landwehr en el ejército prusiano, y 32,993 en el bávaro. La duración de los ejercicios varía de 14 días, para las armas de combate, á 42 días, para las tropas de telegrafía. Dichas cifras no comprenden los reservistas que serán convocados para las maniobras imperiales, ni los destinados á servicios auxiliares. Casi la totalidad de los convocados prestarán servicio en los cuerpos de ejército de sus respectivas circunscripciones.

Como los individuos destinados al ejército de operaciones deben poseer una instrucción completa y tener muy vivo el espíritu militar, los reservistas y landwehrianos convocados pertenecen á las clases más modernas.

Los comandantes de cuerpo de ejército y los inspectores de las armas podrán convocar á las clases de la reserva, 8 á 14 días antes del comienzo de los ejercicios, y reunirlos en una ó varias guarniciones para que su instrucción sea homogénea y uniforme.

Los reservistas de infantería no constituirán unidades especiales, pero si los hombres de la landwehr. Los primeros serán distribuidos entre los regimientos, para aumentar el efectivo de éstos, y constituir el tercer batallón de los regimientos que solo constan de dos batallones. Los reservistas de caballería se distribuirán entre los regimientos de esta arma y los de artillería de campaña y tren. Los de artillería de campaña, en los regimientos de esta arma y en los grupos de reserva formados en los campos de instrucción; los del tren en compañías de maniobra especiales; y los de artillería á pie, zapadores y tropas de comunicaciones, según lo que dispongan los inspectores generales respectivos.

Si se ordena la formación de unidades especiales de maniobra, los cuadros pertenecerán al ejército activo, á saber: Compañía de infantería: un capitán, dos subalternos y 5 á 7 clases; compañía de cazadores, zapadores, ferrocarriles y telégrafos: un capitán, uno ó dos subalternos y 3 á 5 clases; batería de campaña: un capitán, uno ó dos subalternos y 4 á 8 clases; compañía de artillería á pie: un teniente, dos subtenientes y 10 clases; compañía del tren: un capitán ó teniente, uno ó dos subalternos y cinco clases. Los regimientos de artillería á pie de reserva ó de la landwehr recibirán, además, lo mismo que los batallones de la misma arma y clase: un jefe y un teniente.

También han sido convocados los oficiales de la reserva que reúnen todas las aptitudes físicas para la guerra. Los antiguos oficiales del ejército activo que en caso de guerra han de tomar el mando de una unidad, pueden ser autorizados para practicar durante ocho semanas en un cuerpo de tropa ó en la escuela de tiro de la artillería á pie. Igual tiempo de

prácticas regirá para los antiguos jefes y oficiales que deban mandar regimiento ó batallón. Los oficiales de caballería y artillería de campaña designados para ayudantes de jefes de brigada de infantería ó ayudantes de batallón de reserva ó de landwehr, desempeñarán estas mismas funciones durante ocho semanas, debiéndose presentar los de caballería con su caballo. Cierta número de oficiales de tropas montadas, practicarán las funciones de comandante de sección de las columnas de municiones ó de grupo de atalages de la artillería de campaña.

En infantería de línea y cazadores, se recomienda la supresión del tiro preparatorio y su substitución por el tiro de combate. En la artillería de campaña, se asigna una dotación de 24 granadas y 42 shrapnels por cada 100 hombres convocados. En una batería de cada cuerpo de ejército, estas municiones se substituyen por 42 granadas y 24 shrapnels, para obuses ligeros.

Como se ve por las noticias que preceden, la convocatoria de tan gran número de reservistas y landwehrianos no tiene por objeto el constituir un ejército de segunda línea, sino el de poner al de primera línea en condiciones para entrar en campaña. De aquí el que se refuerce el efectivo de las unidades y el que se completen todos los servicios auxiliares que en tiempo de paz están insuficientemente dotados. Las pocas unidades que se compondrán exclusivamente de reservistas ó landwehrianos tendrán cuadros del ejército activo; y los oficiales de la reserva desempeñarán su servicio mezclados con los del ejército activo ó desempeñarán mandos en los servicios auxiliares.

Se afirma, pues, cada día más el principio capital que informa la organización militar alemana: confiar principalmente las operaciones de campaña al ejército activo reforzado por los reservistas más modernos ó que llevan menos tiempo en sus casas. No obstante, se hace todavía un tímido ensayo de las formaciones de reserva, si bien poniendo á su cabeza oficiales y clases del ejército activo, y manteniéndolas acoladas á las unidades activas, pero se desiste de la organización de un ejército, siquiera sea rudimentario, verdaderamente de reserva. Los resultados de la guerra ruso-japonesa parece que no son agenos á esa determinación del estado mayor alemán, porque aunque la prensa militar rusa defendió á las unidades de reserva, es indudable que no poseían la cohesión y homogeneidad de las activas. Es digno de notar también el hecho de que á pesar de no contar el ejército alemán más que con un cuadro de oficiales estrictamente necesario para el ejército de primera línea, ha procedido con verdadera parsimonia al encomendar á oficiales de la reserva el mando de unidades. La mayoría de esos oficiales practicarán bajo la inmediata inspección de generales ó jefes más caracterizados, como si ello quisiera indicar que se trata de efectuar una selección en aquel personal.